LA RELIGION DEL PUEBLO

Y EL CELIBATO

DE LOS SACERDOTES CATÓLICOS,

POR

UN HIJO DEL PUEBLO LIBRE.

CÁDIZ: 1875.

TIPOGRAFIA LA MERCANTIL.

DE D. JOSÉ R. Y RODRIGUEZ,

Sacramento, 39.

DIÁLOGO

ENTRE LOS CIUDADANOS PIRIÑACA Y MAQUINA.

PIRIÑACA. ¿Es V. casado, amigo Maquina?

MAQUINA. Con una mujer, amigo Piriñaca.

P. ¿Tiene V. hijos?

M. Mi mujer ha tenido cuatro, dos Evas y dos Adanes, que quiere decir traducido al órgano de la palabra en que nacimos, dos hembras y dos varones.

P. ¿Y cuando su compañera de V. desecha un trajecillo, lo dá á un estraño, ó lo arregla á alguna de sus hijas?

M. En este caso hace lo que haria su esposa de V. si V. tuviera esposa; llamar á una de sus chavalas y decirle con la risita en los labios: ven acá reina, acércate corazon mio, que te voy á hacer de este vestido de filipichin una

blusita á lo boquerony para que la estrenes el dia de tu papá.

P. ¿Y V. qué destino da á sus desechos?

M. El que Dios manda y el amor de padre ordena; endosárselos á mis chicuelos.

P. Muy bien hecho; lo mismo haria un hijo de mi madre. Vamos pues, con arreglo á lo dicho á hacer la debida aplicacion: responda V. á las preguntas que le voy á hacer: ¿cuál es la religion del pueblo, aquella que atiende á las necesidades de todos, ó aquella que atiende solamente á las necesidades de unos pocos?

M. Aquella que atiende á las necesidades de todos, porque la religion que tal hace, está fundada sobre la caridad que es madre de todos sin exceptuar alguno por perverso y criminal que sea.

P. Muy bien dicho. ¿Y qué religion alivia las desgracias y penalidades de todos, aquella cuyos sacerdotes tienen esposas, hijos, amas de leche y demás sarandajas, ó aquella cuyos sacerdotes tienen por esposa á la Iglesia y por hijos y hermanos á todos los hombres?

M. Esta última.

P. Perfectamente.

¿Cuál es la religion que admite el casamiento de sus ministros?

M. La protestante.

P. ¿Cuál es la religion que no lo admite?

M. La Católica.

P. ¿Luego, cual será la que no puede atender á las necesidades de todos?

M. La protestante.

P. ¿Y la que no se dirije al bienhestar comun ó á la felicidad de todos, puede ser la religion del pueblo?

M. *Nequaquam.*

P. Luego el protestantismo no es la religion del pueblo: mas claro: supongamos por un momento que V. es ministro protestante, casado con una jembra *barbi*, de la cual ha tenido siete hijos: sus rentas de V. no alcanzan ni con mucho á cubrir los gastos de la casa; los chavales *jaman* mas que una administracion de consumos; con un amacijo no tiene V. bastante para aplacar la *gazuza* de los siete individuitos que amanecen todas las mañanas con las bocas abiertas como pájaros pelones y se acuestan todas las noches con el zoquetillo de pan debajo de la almohada; esposo mio, le dice á V. su pastora es-

posa; Guillermito y Carlitos están muy mal de ropas y es preciso hacerles unos pantaloncillos de la sotana que te sirve cuando estás en el servicio; cómprate una nueva y aquella nos ahorrará un gasto que es indispensable por ahora. Pues señor, en el momento de tirar la cara mitad estas cuentas, se presenta en las puertas de su casa de V. un mendigo cuasi desnudo y con voz trémula que sale de lo mas hondo del corazon y con lágrimas en los ojos dice, dirigiéndose á V.: Padre mio, déme V. aunque sea una solanilla vieja para taparme estas carnes, hágalo V. por amor de Dios: vamos, amigo Maquina, ¿qué haria V. en este caso?

M. ¿Yo? Cubrir las carnes de Guillermito y Carlitos, porque antes que al pobre tengo obligacion de atender á mis hijos.

P. Claro está; pues por esa misma razon no puede ser la religion del pueblo aquella cuyos sacerdotes dedican sus cuidados, sus afanes, sus rentas y hasta sus desechos á su esposa y á sus hijos.

La religion que tiene estos ministros es el protestantismo; luego el protestantismo no es la religion del pueblo.

M. ¿No habrá otro ejemplito más flamenco?

P. Si señor; allá vá: ahora lo voy á consagrar á V. de obispo. V. es un obispo protestante.

M. Muchas gracias.

P. Tiene V. su gachona al lado.

M. Mi obispa.

P. Eso es: la obispa se encuentra como suele decirse con la barriga á la boca; V., es decir, el obispo protestante anda que bebe los vientos detrás de sus costureras para que concluyan cuanto antes las fajas de ombligo, metidos, capillitos y demás adminículos que componen la canastilla; mientras tanto la reverenda prelada se siente con los dolores, y dejándose caer en el consabido sillon que su esposo el obispo protestante conserva ó guarda como oro en paño, esclama la barrigona señora: ¡ay marido de mi alma! traeme pronto la comadre, que este obispillo que llevo en mi episcopal seno quiere dejar ya su *sagrada prision.* Sale V. ó el obispo en busca de la matrona y al abrir las puertas de su casa, en el mismo zaguan de ella se encuentra con una pobre mujer embarazada que le dice con el dolor pintado en el rostro;

¿podrá su ilustrísima detenerse siquiera diez minutos para oir á esta desgraciada que espera la hora de Dios y no tiene un trapo en que envolver lo que venga? ¿Que haria V. amigo Maquina? ¿Qué responderia V. á esta infeliz mujer?

M. ¿Yo? Encojerme de hombros y decirle: dispense V. que no la atienda, pero mi esposa se encuentra al caer sin raya y la hija de mi alma pide á voz en grito una partera; voy pues en busca de esa buena mujer; tenga V. paciencia y lea mucho la Biblia que el Espíritu Santo la sacará de sus apuros. Adíos señora, salud y fraternidad.

P. ¿Y la religion cuyos ministros y cuyos obispos posponen el cuidado del pueblo al de su mujer y al de sus hijos, la religion que tiene prelados casados y que por precision han de mirar antes á las necesidades de sus hijos que á las miserias del pueblo, la religion cuyos pastores obedeciendo á los sentimientos paternos, proveen los beneficios eclesiásticos en los suyos, sin atender jamás á los indisputables y relevantes méritos que muchas veces concurren en los hijos del pueblo, puede ser la religion del pueblo?

M. No señor.

P. Luego el protestantismo no es la religion del pueblo.

M. Diga V. amigo Piriñaca, ¿eso que V. ha dicho de los beneficios eclesiásticos puede creerse?

P. ¡Pues no sé! V. obispo protestante, V. con derecho ó facultades para proveer una capellanía dotada con dos mil duros, qué haria?

M. ¿Qué haria? Adjudicársela á cualquiera de mis hijos aunque fuera más bruto que un barranco.

P. Pues eso mismo es lo que hacen todos los obispos protestantes, así es que los beneficios eclesiásticos en el protestantismo, son ya cuasi hereditarios; entre los protestantes no se atiende al mérito cuando hay que proveer algun pingüe destino; solo se atiende á los sentimientos naturales, y se escucha la voz de las esposas que piden para sus hijos, los cuales tienen por necesidad que ser ministros para no perder la breva de la capellania: no sucede así en la religion católica; V. sabe muy bien que los más altos puestos de la Iglesia Católica los han desempeñado y desempeñan hombres nacidos de padres humildes y de familias privadas de la fortuna: nuestros obispos, con raras excepciones,

han sido y son hijos de honrados artesanos y de pobres jornaleros; los monasterios y casas religiosas del catolicismo, estaban y están atestados de hijos del pueblo; el gran Sixto V fué zagal de porquero y su madre una triste lavandera; el inmortal Jimenez de Cisneros perteneció á una de las familias más pobres de España; el inolvidable magistral Cabrera ejerció en sus primeros años el oficio de tablero en el horno de su infeliz padre, y en nuestros dias esos ilustres prelados españoles que en el Concilio Vaticano han asombrado al mundo con sus profundos y vastos conocimientos, descienden casi todos de las familias más modestas de nuestra patria; todos ellos son hijos del pueblo.

Despues de lo dicho, ¿cuál le parece á V. la religion del pueblo?

M. La Católica.

P. ¿Y del protestantismo, qué dice V?

M. ¿Yo? Que le den morcilla.

P. Que se la den. ¿Tiene V. que hacer alguna observacion sobre lo dicho.

M. Si señor, y gorda. Estoy conforme con todo lo expuesto, ménos con eso de no casarse los clérigos. ¡Camará y qué fatigas! ¿En lo

primeros siglos de la Iglesia no eran todos casados?

P. No señor; la Iglesia en aquellos tiempos permitió algunas veces ordenar á hombres ya casados, pero nunca permitió que los ya ordenados se casasen: ¿no sabia V. esto?

M. No señor.

P. ¿Qué son los sacerdotes?

M. Enviados de Cristo.

P. Pues entonces ¿por qué no han de hacer lo mismo que el que los envió? Y sobre todo hay algun lugar de la Biblia que prohiba el celibato de los clérigos?

M. Ninguno.

P. Y por el contrario, ¿hay algunos que aconsejen la virginidad?

M. Muchos, y yo desearia oir algunos.

P. San Pablo, esplicando la doctrina de la virginidad y del celibato en su primera epístola á los de Corinto, capítulo VII dice: *En órden á las vírgenes precepto del Señor yo no le tengo: doy, si, consejo.... Y lo que digo, hermanos, es: que el tiempo es corto: y así lo que importa es que los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen..... yo deseo que vivais sin inquietudes. El*

que no tiene mujer anda solícito de las cosas del Señor, y en como ha de agradar al Señor. Al contrario el que tiene mujer, anda afanado en las cosas del mundo, y en como ha de agradar á la mujer. Hay esta diferencia entre la casada y la virgen: la mujer no casada piensa en las cosas del Señor, para ser santa en cuerpo y alma: mas la casada piensa en las del mundo y en cómo ha de agradar al marido. Mas si á alguno le parece que es un deshonor á su virgen que pase la flor de la edad, y juzga deber casarla, haga lo que quisiere... En suma, al que da su hija en matrimonio, obra bien; mas el que no la dá obra mejor.

M. ¿Y todo lo dicho está escrito en la Biblia?

P. Si señor, y en una biblia protestante impresa en Nueva-York año de 1856, de la cual lo he copiado para que no se diga que es pasage tomado de alguna biblia católica.

M. ¿Y qué saca V. de esas palabras de San Pablo?

P. El siguiente admirable resúmen: El matrimonio es bueno, pero el celibato es mejor, luego si el celibato es mejor, los sacerdotes minis-

tros de un Dios que es la misma pureza, deben ser célibes y no casados. ¿Qué responderán á esto los asalariados de la paganda? ¿No nos están aturdiendo constantemente con la biblia? Pues la biblia dice: que es mejor no casarse que casarse.

M. Y si esto es así, ¿por qué quieren los ministros protestantes casar á los sacerdotes católicos?

P. Para humanizarlos; para quitarles esa corona angelical del celibato que con tan justo título les atrae el cariño y la veneracion de los pueblos; para privarles de ese poder inmenso que les da su continencia y hacer de cada sacerdote un hombre como otro cualquiera. ¿No sabe V. lo que le sucedió á un capitan americano en la india inglesa?

M. Cuando V. lo cuente lo sabré.

P. Presentaba el capitan unos cuantos ministros protestantes con sus mujeres á un indio, el cual dijo á su amigo: *El gran espíritu no tiene mujer*, luego tampoco deben tenerla su sacerdotes, y puesto que los tuyos están casados, no los queremos. Se parecerian demasiado á los demás hombres y no nos servirian de nada.

M. Pues no era torpe el *gachoncillo* del indio.

P. Si los sacerdotes fueran casados, ¿V. cree que abandonarian las comodidades de sus casas para atravesar dilatados mares y llevar la luz del evangelio á las mas apartadas regiones? ¿Cree V. que se sacrificarian y darian su vida en defensa de la fé como muchos de ellos lo hacen todos los dias? ¿Cree V. que se arrimarian muchas veces al colérico y al enfermo atacado de un mal contagioso? Temerosos de llevar la peste ó el contagio á su amada esposa ó á sus queridos hijos, huirian del peligro y si se acercaban al enfermo lo harian en sus últimos momentos y á la carrera, como lo hacen los ministros protestantes en las calamidades públicas.

Para el ministro protestante el primer prójimo son su mujer y sus hijos, y esto es natural, porque al fin son padres; para el sacerdote católico el primer prójimo es el primero que gime, el primero que llora, el primero que padece, sea pobre ó rico, grande ó pequeño; si los sacerdotes católicos fueran casados, ni existirian esos infinitos hospitales debidos á la munificencia y á la caridad de nuestros obispos, ni habria en la iglesia católica esa pléyade de religiosos de ambos

sexos cuyas virtudes causan asombro á los mismos protestantes.

M. Tiene V. razon, amigo Piriñaca; yo sacerdote y casado con una morena de esas que tienen por ojos dos pedazos de azabache, por dientes dos cajas de marfil y por cabellos una caracolá, me olvidaria completamente de mi ministerio, tiraria todo el armario por la ventana y poniéndome mas suave que una *sea* y mas blando que una manteca y mas dulce que el bien me sabe y mas complaciente que un acomodador de teatros, solo pensaria en decirle cositas muy *guenas* al *arma* de mi *arma*.

P. ¡Compadre, y que charran es V!

M. Si soy charran ó no, alla va ese viagillo de dificultades: estoy conforme en que los sacerdotes no deben ser casados, pero no lo estoy con que algunos clérigos tengan sus quebraderillos de cabeza. Los protestantes y los incrédulos nos arguyen con los escándalos de algunos sacerdotes católicos, y en verdad que es menester callar y....

P. V. se callará ó cualquiera que no tenga dos dedos de frente; pues qué, ¿no hay en todas las clases malos y buenos? acaso cree V. que

entre los protestantes casados no hay tambien sus escándalos y sus desórdenes? Si existen algunos clérigos católicos que faltan en esta parte á su deber, tambien existen algunos ministros protestantes que tienen una manceba, además de la esposa, y entre soltero, amancebado y casado con querida, este último es mucho más perverso que aquel; de todos modos y por cualquier lado que se mire la cuestion, siempre está la razon de parte del celibato eclesiástico. Repito que hay algunos sacerdotes que sin pudor ni conciencia faltan á sus deberes ó se degradan aspirando al matrimonio; pero el sacerdocio como cuerpo se mantiene y se mantendrá siempre fiel á aquella santa disciplina; por cada sacerdote incontinente hay mil que guardan fiel y estrictamente la virtud de la castidad; ahi están nuestros obispos españoles, cuya vida puede llamarse angelical por la pureza que guardan en todos sus actos, compare V. á estos verdaderos discípulos de Jesus caminando siempre acompañados de un sacerdote, con esos obispos protestantes seguidos á todas partes de sus mujeres, de sus chiquillos, de su inmensa servidumbre, y despues dígame V. si los nuestros célibes se parecen

más á los apóstoles que los protestantes casados.

M. No hay duda que los sacerdotes católicos con su hábito talar y su porte evangelico, se parecen más á los Apóstoles que los ministros protestantes con sus largas levitas y sus corbatas blancas. Cualquiera diria que á estos últimos los viste nuestro amigo Aurelio Arana para sentarlos en el pescante de sus coches.

¿Tiene V. algo más que decir?

P. Si señor, ayá va la reservá. ¿Ha visto V. algun sacerdote católico de esos viandantuelos que reniegan, continuar como ántes de su apostasía en su estado de soltero y sin belenes de ninguna clase?

M. Ni uno siquiera; los pocos apóstatas que ha habido en nuestro clero, han unido á su apostasía el *encalomo* más escandaloso, y esto no hay duda que habla muy alto en favor del catolicismo: se va un clérigo de los nuestros á los protestantes: ¿Quién es este ciudadano? Un enamoradillo endeble que no tiene ni áun la habilidad de pecar ocultamente; se viene á nosotros, ó se hace católico un protestante. ¿Quién es este señor? un personaje de la nobleza inglesa; un pobre honrado que estaba harto del sainete

luterano. ¿Hablo bien, amigo Piriñaca? ¿Tengo razon?

P. Muchísima: el protestantismo da mujeres y dinero y por eso algunos *garañonsetes* se han metido de cabeza en el servicio evangélico á fin de que este le proporcione una *chavala* y algunas libras esterlinas con que sostenerla. Todos tenemos faltas, amigo Maquina, á todos nos gusta la miel de prima; pero no creo que estamos en el caso de renegar de la religion de nuestros padres para mojar el dedo mas libremente en aquella. ¿Tenemos miserias y debilidades? ¿Estamos metidos en la *canasta* con alguna persona de gracia? Pues mas vale continuar en el vicio conociendo nuestro pecado y pidiendo al cielo el remedio del mal, que perder la vergüenza y abandonar la religion para justificar el crímen, aparentando un convencimiento que es mentira y en el que nadie cree, porque el remordimiento puede siempre más que las ficciones y las apariencias.

Los poquísimos clérigos que han renegado, pudieron continuar en su religion, teniendo sus pecadillos súcios como otros los tienen; pero la pícara guita los cegó y por un poco de dinero

inglés vendieron á su alma lo mismito que Judas vendió á su Maestro.

M. ¿Y se sabe cómo espichó Judas.

P. ¿Cómo? Como espichan todos los renegados; en la más horrible desesperacion y *culando* en tierra caliente con más gindama y más fatigas que un chusqué cuando le amarran en el rabo un chocolatero viejo los guasones de los muchachos.